



Hijas del quiebre, forjadas para resistir

Autora:
Elisa Maturana Coronel

Publicado por: Centro de Estudios Transdisciplinarios de Centroamérica (CETCAM).

Título: Hijas del quiebre, forjadas para resistir

Autor: Elisa Maturana Coronel

ISBN: 978-9930-9846-7-3

San José, Costa Rica. Mayo de 2026.

Hijas del quiebre, forjadas a resistir.

© 2026 by Asociación Centro de Estudios Transdisciplinarios de Centroamérica (CETCAM). is licensed under CC BY-NC-SA

4.0. To view a copy of this license, visit

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



Contenidos

Contenidos	3
Presentación	4
Introducción	5
Las hijas del quiebre, nacidas en el 18	7
Las “Muchachas del 18”: relatos de resistencias	9
El 2018 como la marca fundacional.....	9
Sensibilidades previas.....	10
Activismo vivencial.....	11
La búsqueda de nuevas formas colectivas.....	11
El universo de la acción desde la virtualidad.....	12
Exilio y activismo transnacional.....	12
El cuidado y autocuidado como estrategias.....	13
Comunicación y redes	14
Horizontalidad vs verticalismo.....	15
Feminismos y participación.....	15
Interseccionalidad y diversidad.....	16
Activismo para existir: la disputa por las identidades.....	17
La migración como experiencia vital.....	17
La centralidad de la memoria.....	18
La formación como resistencia.....	18
Artivismo: conectar el corazón a la acción.....	19
La capacidad crítica.....	19
La democracia inclusiva como el horizonte de futuro.....	20
Una chavalada que aporta para una Nicaragua mejor	21

Presentación

La rebelión cívica de abril en 2018, en Nicaragua, mostró a una juventud comprometida, activa y dispuesta a levantar las banderas de la democracia, la justicia y los derechos humanos. Las mujeres jóvenes no se quedaron atrás. Salieron a la calle y participaron en todas las acciones colectivas; también desarrollaron un intenso activismo digital.

La persecución y violencia estatal se dirigió específicamente hacia ellas hasta la actualidad porque su activismo y firme resistencia no han cesado. Pero ¿dónde están esas jóvenes?, ¿qué piensan?, ¿qué batallas están librando?, ¿cómo resisten y qué expectativas tienen de su futuro y de Nicaragua?

Estas y otras interrogantes hacen parte de este trabajo. Uno más en la línea de investigación y análisis que el Centro de Estudios Transdisciplinarios de Centroamérica (CETCAM), mantiene desde 2022 y que se ha propuesto contribuir a documentar, analizar y proveer insumos sobre los derechos de las mujeres, la prevención de la violencia y sus contribuciones a la democracia.

Se espera que este informe “Hijas del quiebre, forjadas para resistir”, se convierta en una pieza de memoria sobre una generación de mujeres jóvenes, dentro y fuera de Nicaragua, que siguen activas en la búsqueda de nuevas formas de participación; en la defensa de los derechos de las mujeres y los derechos humanos; en la búsqueda de la democracia y el restablecimiento de las libertades ciudadanas desde nuevas perspectivas y prácticas políticas desde perspectivas y posicionamientos novedosos, con identidades diversas y estrategias propias.

Con este informe, CETCAM pone a la disposición de la sociedad nicaragüense y los actores sociales, especialmente las organizaciones de mujeres y las juventudes, un insumo que contribuya a la reflexión y la opinión pública crítica.

San José, mayo de 2026

Introducción

“Las generaciones actuales tienen una necesidad urgente de tejer, de reconstruir, de recoger esas historias olvidadas, no escritas, omitidas por la historia oficial, las historias de los territorios, de los distintos pueblos que conforman Nicaragua, de las distintas Nicaraguas”.

(Patricio Lindo Jerez, psicóloga y antropóloga social feminista)

“Sin nosotras no puede haber una transición”.

(Christy Melissa Martínez, joven nicaragüense, abogada y defensora de derechos)

Hablar de nuevas generaciones de mujeres jóvenes activistas nicaragüenses no solo es describir al grupo etario femenino que ahora participa en espacios políticos y sociales. Es algo más. Es conocerlas, entrar en sus formas de percibir y ejercer el activismo, comprender el contexto en el que surgen y se desarrollan, entender lo que hacen, por qué lo hacen, a dónde quieren llegar y cómo se perciben. Es acercarnos al perfil generacional y las principales características de este grupo de jóvenes contemporáneas marcadas por experiencias comunes: históricas, económicas, culturales y tecnológicas.

Esa es la tarea planteada en este análisis, explorar los procesos de constitución de esa generación de mujeres jóvenes de la que poco se conoce. Se ha procurado conocer sus estrategias, acciones, las maneras en que ejercieron y adaptaron su activismo, las formas de resistencia que adoptaron, así como las que han usado para organizarse y reorganizarse entre 2018-2025. Se ha querido documentar los relatos y experiencias de vinculación entre estas mujeres que se metieron de lleno en los espacios políticos y sociales, durante un período convulsivo de la historia de Nicaragua, escuchar sus ideas y opiniones sobre la contribución que hacen al movimiento de mujeres.

Al empezar este trabajo nos preguntábamos cómo llegaron al activismo las chavalas de esa generación. ¿Por qué, cuándo y cómo decidieron organizarse y a dónde se dirigen con su activismo? Saber si ¿son o no feministas, qué feminismo enarbolan y si esa consciencia de género les viene de una formación en las escuelas, en la familia, o de otros vínculos? ¿Cuándo empezó su vocación por el activismo y cuándo se organizaron? Indagar también si sus formas de organización son novedosas y distintas a las de las generaciones anteriores, si tienen formas propias y diferentes de participar en procesos sociales y políticos y cómo viven su experiencia.

Para responder a esas interrogantes se realizaron catorce entrevistas a mujeres jóvenes que en 2018 tenían menos de 32 años y continúan haciendo activismo en distintos espacios profesionales, ideológicos, políticos y geográficos. Son todas mujeres que integraron organizaciones sociales y políticas destacadas en el período seleccionado y que provienen de sectores como el activismo social y político, la defensa de derechos, el feminismo, las identidades sexuales diversas, y los pueblos originarios. Se encuentran exiliadas en Costa Rica, España, Estados Unidos y Noruega. La dispersión geográfica no implica una

fragmentación del activismo, sino una reconfiguración en las redes que ahora operan desde distintos países forzadas por el exilio.

Las entrevistas privilegiaron profundidad para identificar patrones, tendencias, coincidencias, diferencias y aspectos clave del activismo contemporáneo. Durante el proceso de indagación y en este informe, se ha protegido la identidad de las participantes, cuyos testimonios quedan para el registro de la memoria y la verificación futura cuando cese la persecución política que sufren en la actualidad tanto las activistas, como una gran parte del pueblo nicaragüense.

La indagación se realizó a partir de cuatro bloques temáticos sobre el origen de su

activismo; las estrategias y formas de organización, como participaron durante la crisis política; las creencias y principios que las mueven, su identidad, ideas y valores. Y, finalmente, sus contribuciones a los procesos sociales y políticos, al movimiento de mujeres y al futuro de su país, es decir, su legado como generación.

El análisis se hizo desde una perspectiva interpretativa que procura ser fiel a la voz de las protagonistas, su vinculación al activismo, sus valores, actividades actuales, percepciones propias sobre su generación y el legado generacional. Es este, pues, un esfuerzo de memoria sobre esta cohorte de mujeres jóvenes, su recorrido colectivo y sus aportes a la transformación del activismo social y político de Nicaragua.

Las hijas del quiebre, nacidas en el 18

Es importante resaltar el contexto en el que desarrollaron su activismo las mujeres jóvenes de la generación 2018 al 2025, que para este caso, tiene una importancia particular porque representa un factor clave y el elemento “fundacional” de esta cohorte. Les da origen, las cataliza, condiciona la vida, el actuar, las ideas y su activismo. Si la crisis política y social que estalló en Nicaragua el 18 abril del 2018, la más grave vivida por el país en lo que va del siglo XXI, impactó en la conciencia social de todas y todos los nicaragüenses, este impacto fue mucho más profundo y determinante en la conciencia de las generaciones más jóvenes. Los relatos revelan a una generación de mujeres que comparten, como experiencia histórica común, el ingreso abrupto al activismo, ser empujadas a la acción por la rebelión cívica popular del 2018, la cual desató su activismo, lo marcó, transformó y agigantó de la mano de su indignación, influyendo hasta hoy las formas en que las mujeres de esta y otras generaciones participan en los espacios públicos.

Fue un contexto catalizador para nuevas e innovadoras formas y repertorios de acción colectiva, formas de organización y objetivos de su activismo. Las sacó de la universidad, la escuela, la casa, el primer empleo y las lanzó a la calle, catapultando su necesidad de crear y ser protagonistas, integrándose en estructuras organizativas estudiantiles y territoriales y, desde esos espacios, en los procesos políticos nacionales más importantes desarrollados entre 2018 y 2021. Siguieron la persecución,

el claudestínaje, el exilio, la reorganización y la creación de redes desde las que siguen su activismo, algunas en la distancia y otras desde sus propios espacios de resistencia dentro de Nicaragua.

Estamos ante una generación cuyas prácticas políticas surgieron en condiciones de ruptura, de fragmentación y quiebre de las formas organizativas, tanto previas como las que ellas crearon en acción para ese contexto y que luego fueron disueltas. Esa ruptura social y política, así como sus consecuencias, fue decisiva para esta generación cuyas repercusiones continúan afectándolas hasta la actualidad tras la confirmación de sistemas de vigilancia e inteligencia para la persecución y el asesinato transnacional, financiado y ejecutado por el gobierno de Daniel Ortega, tal como lo denunció hace unas semanas el Grupo de Expertos del Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas¹ y que se suma las maneras en que esta generación de mujeres debe enfrentarse para ejercer su activismo.

Son mujeres que realizaron su activismo en condiciones de riesgo, enfrentando a las fuerzas armadas en la calle con recursos y con capacidades limitadas, muchachas y muchachos defendiéndose de la violencia policial y los grupos paramilitares que atacaron con armas de guerra las manifestaciones y recintos universitarios ocupados. Jóvenes a quienes la represión sistemática, la persecución, la vigilancia física y digital, el destierro, el exilio y todos los demás esfuerzos que el gobierno de

¹ Presentado ante el 61 período de sesiones de la Asamblea general de Naciones Unidas. Documento A/HRC/61/56, 6 Feb. 2026 (<https://docs.un.org/es/A/HRC/61/56>)

Nicaragua desplegó eliminarlas, no las desapareció. Resistieron. Se transformaron, se juntaron y re juntaron, modificaron sus estrategias, recrearon sus formas de organización, adaptaron sus enfoques de participación, se cuidaron unas a las otras, hicieron redes, se mudaron a la comunicación digital y continuaron su activismo posicionándose como actoras protagonistas en la reconfiguración de las acciones colectivas nicaragüenses contemporáneas.²

Una generación de mujeres jóvenes a la que, por el peso del contexto, podemos llamar las “Muchachas del 18”, porque sus recorridos vitales están marcados por esta fecha, porque el 2018 fue el detonador de su activismo y todas coincidieron en identificar ese año como su punto de quiebre. Una marca histórica compartida que catalizó, transformó y reconfiguró sus trayectorias sociales y políticas así como sus activismos.

²Leer: (1) Cuadra Lira, Elvira, 2022. Quebrar el cuerpo, quebrar el alma: la reconfiguración de las violencias hacia las mujeres en Nicaragua, 2018-2022; Padilla G., (2) Arlen y Cuadra Lira, Elvira. 2024. Voz, saberes, cultura y memoria. Resistencias y resiliencias colectivas de las mujeres nicaragüenses.

Las “Muchachas del 18”: relatos de resistencias

En los relatos compartidos, hay una constelación generacional diversa, tanto en objetivos como en ámbitos de acción, atravesadas todas por el mismo hecho histórico que catapultó su acción pública. Esta es una generación reconfigurada por la crisis, la represión y el exilio desatados tras las protestas y alzamientos de ese año. Desde la diversidad de sus trayectorias, miradas, agendas, objetivos y espacios de acción, estas muchachas comparten sus experiencias, prácticas y estrategias. Una coincidencia destacada es su reacción similar a la crisis de abril:

Indignación → empatía → involucramiento individual a la acción → organización → participación política → digitalización → clandestinidad → exilio → reinserción a espacios → reconfiguración de espacios propios en el exterior.

Entre los hallazgos, destaca que la salida de Nicaragua no las desaparece, porque hicieron del exilio un espacio donde continuaron su activismo, lejos de aceptarlo como un espacio de derrota. También destaca el cuidado colectivo y un auto-cuidado, emocional y físico, “centrado en la persona” con el cual se distancian de la “épica del sacrificio” como estrategia intencionada para “asegurar la sostenibilidad” de su participación social y política en el largo plazo. Asimismo, muestran una clara preferencia hacia la horizontalidad de la participación y en los procesos de toma de decisiones en las organizaciones, grupos y colectivos creados.

Otra de las coincidencias es la importancia de la interseccionalidad del enfoque de sus actividades y todas, sin excepción, ya sea

que se nombren o no feministas, dan especial importancia a la necesidad de promover el ejercicio de los derechos de las mujeres, empezando por ellas mismas, es decir, exigir el ejercicio propio de esos derechos. Otro aspecto interesante es que todas dan especial importancia al espacio digital para su activismo, pero al mismo tiempo, también reconocen la importancia de los tendidos territoriales y crear espacios de participación presenciales con otras mujeres. Es decir, hay una tendencia creciente hacia lo digital, sin perder la conexión territorial. Un balance entre la acción virtual y la territorial como espacios estratégicos que se complementan.

La importancia que estas muchachas le dan a preservar la memoria como base para la verdad, la justicia, la reparación hacia una democracia que no repita los errores pasados es otra de las grandes coincidencias de los relatos.

El 2018 como la marca fundacional

La primera característica generacional es la insurrección cívica de abril del 2018 como la marca fundacional del activismo de estas jóvenes. Si bien algunas participaban desde antes en algún espacio de activismo, todas señalaron, sin titubear, el año 2018 como el momento que desató, aceleró, marcó y redefinió su participación social y política. Dicho en sus palabras: “Abril de 2018 marcó un quiebre definitivo” en sus vidas.

Fueron acontecimientos que las sacaron de su cotidianeidad e incluso de sus espacios de comodidad, reordenaron sus trayectorias, atravesaron sus historias por

un “antes” y un “después”. Lo describen como el momento que desató su indignación, las movilizó, expuso la urgencia de apoyar las protestas, de salir a la calle, de ayudar a las personas heridas, de organizarse y participar en espacios políticos, llevar las demandas de sus centros de estudio y de sus territorios a la agenda nacional, participar en el proceso de diálogo y defenderse luego de la represión. Fue la fecha común que las metió de cabeza al activismo. Al recordar su vida anterior, una de las participantes dijo que “tenía una vida normal, básica, trabajaba, estudiaba, viajaba y ya. La política: nula, y en abril de 2018, en cuanto vi lo que estaba pasando, me fui directamente a protestar”.

Son, por eso, las “Muchachas del 18”, la generación de jóvenes mujeres marcadas por la detonación de la crisis que trastocó al país y las redefinió, en todos los aspectos de su vida. Desde su vida personal y profesional hasta su participación y compromiso en el ámbito social, político, organizativo e ideológico. Un hecho que llegó a la raíz de sus ideas, valores y acciones, las llevó de la empatía social a la acción en defensa contra la violencia institucional y a la maduración acelerada de su conciencia social y política, así como a la redefinición de su participación en el espacio social nicaragüense como generación. Una generación que rehace su activismo a pesar de esas condiciones y le imprime su propio sello en el auto cuidado y en el rescate de la memoria para la justicia, la reparación en una Nicaragua que deje de tropezar con la misma piedra.

Sensibilidades previas

Estas muchachas no llegaron al 2018 de la nada. Todas desarrollaron antes una

sensibilidad social desde diferentes experiencias personales desde las cuales respondieron al presenciar la violencia estatal de abril del 2018. Mientras unas aprendieron en casa, a través de su familia —incluso antes de verse a sí mismas como “activistas”—, a reconocer las injusticias y disparidades sociales; otras —por oposición a un ejemplo familiar en el que vivieron discriminación o rechazo—, tuvieron procesos personales de reflexión que motivaron el desarrollo de su sentido de justicia y ejercicio de derechos. Algunas más tenían experiencias de voluntariado en espacios escolares y comunitarios, participaron con agrupaciones juveniles en proyectos y campañas dirigidas a la niñez y la adolescencia; o se vincularon desde el arte —a través de la música y la poesía-, la defensa territorial de su pueblo e iniciativas de promoción de derechos sexuales y derechos reproductivos.

Lo común aquí es que la crisis del 2018 no origina de cero su sensibilidad, sino que la despierta y la convierte en empatía colectiva y en solidaridad que se transforman en participación activa, colectiva, primero individual y luego organizada para responder y sumarse a las acciones de protesta. En sus palabras, “existía una sensibilidad clara frente a las injusticias sociales, la desigualdad y las violencias estructurales,” que “era más bien comunitaria, individual y desde lo cotidiano”, pero desata su respuesta y el impulso a participar. “El activismo organizado surge como una necesidad de nombrar la injusticia, acompañar a otras personas y resistir colectivamente frente a un contexto de violencia y silenciamiento.”

Activismo vivencial

Su experiencia generacional es la de un “activismo vivencial”, no fue una decisión planificada que llega de la participación temprana y constante en movimientos sociales o procesos de formación ideológica y de educación social y política. “No fue una decisión planificada, sino una respuesta urgente a la realidad”, dijo una de estas muchachas al contar que vivieron su activismo en la acción, al sumarse a las protestas, irse a las calles para responder a los ataques de “la represión generalizada que se desata en Managua a partir del 20 de abril”*.

Es el suyo un activismo vivido desde experiencias de violencia, de agresión, persecución y algunas, incluso, encarcelamiento. Estas chavalas viven una crisis que quiebra su normalidad y las arrastra, por eso “cuando se dieron las protestas” empiezan “a salir a las calles”, a organizarse de manera acelerada para defenderse y para participar en espacios públicos de debate nacional en las que destacó una presencia activa de las juventudes. Es por eso una generación que llega al activismo desde el ardor de lo



vivido y no desde la politización o desde una formación política y social programada. En sus palabras: “fue algo que me hizo pensar en que no podía mirar hacia otro lado”, fue vivir esos ataques lo que las impulsó a la calle, a ejercer sobre la marcha este activismo vivencial.

La búsqueda de nuevas formas colectivas

Una buena parte de las jóvenes llegaron de manera individual y no desde organizaciones previas establecidas. Aprendieron haciendo las cosas en el camino y se organizaron en respuesta a la crisis. Cuando recrudece la represión viven la destrucción de las formas organizativas que crearon en acción, pierden piso organizativo y la posibilidad de continuar su acción desde espacios y estructuras que se volvieron estables en medio de la crisis. En los años siguientes al 2018, la institucionalización de un estado policial en Nicaragua y el poder acumulado por el régimen se volvió “agresiva contra” todas las organizaciones civiles, se judicializa la represión y se organiza la destrucción del capital social nicaragüense al anular el registro de “miles de organizaciones de la sociedad civil, filantrópicas y religiosas”**. Así, gradualmente, los espacios se cerraron, recrudeció la persecución y con ésta la desarticulación de todas las formas organizativas del país, incluidas las que ellas habían creado, y de todos los grupos y comisiones en los que participaban, con todo lo cual les toca vivir la ruptura organizativa que se produce a nivel nacional.

*Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH); pg. 9, inciso 42; 2018 cidh.org. (<http://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/nicaragua2018-es.pdf>)

** Nuevos autoritarismos, derecho de asociación y organizaciones sociales en Centroamérica. p16. CETCAM Miradas centroamericanas. 2023.

2024: un año de augurios desfavorables para Centroamérica. P1. Enero 2024.

El universo de la acción desde la virtualidad

En sus relatos, al recrudecer la represión, se vieron “obligadas a bajar el perfil”, a dejar de asistir a eventos presenciales y a esconderse. Las marchas y reuniones se fueron haciendo virtuales y la mayor parte de sus actividades de calle pasaron a espacios digitales. Empezaron a usar seudónimos y a capacitarse en medidas tanto de seguridad física como ciberseguridad, como una de sus respuestas para evadir la persecución. Cuando la represión policial y paramilitar se agudizó y empezaron a buscarlas en sus casas y centros de estudio, entraron en redes clandestinas. La mayoría de las participantes estuvieron escondidas en “casas seguras”, con otros estudiantes y activistas. Poco a poco, en diferentes momentos y por distintas vías, salieron al exilio. Unas con el apoyo de sus propias redes de activismo —con las cuales seguían vinculadas— y otras, con apoyo de familiares y amigos.

La novedad en este tema no es solo pasar a una presencia digital en el exilio con focos diversos y nuevas prácticas, sino en transformar su activismo en un repertorio híbrido que deja de ver solamente al interior del país como el escenario de sus demandas. Esta generación, sin perder piso en la realidad, se desplaza hacia la realidad virtual; a una presencia digital donde la mediación cultural, los mensajes, la formación, la investigación, el acompañamiento y la construcción de comunidad ocurren de manera masiva y más segura. Si bien no todas optan por la misma visibilidad, algunas reducen la

exposición personal pública “por seguridad”, pero otras mantienen una voz y una presencia desde espacios propios, desde los medios, desde el arte.

“Se cambia al ciberactivismo y esto implica mantener conectado a un gran grupo de jóvenes” con los que se trabaja, dijo una de las participantes; mientras otra aseguró que aprendió a utilizar sus “propias plataformas digitales para continuar el activismo y la organización”.

Exilio y activismo transnacional

Una característica compartida es que el exilio no se asume como derrota, ni un espacio de pérdida y de interrupción del activismo iniciado en Nicaragua, sino que se convierte en nuevo escenario, en espacio de reorganización donde, superado el “trauma inicial” de dejar el país —que varias confesaron—, ven en su salida una estrategia para continuar la lucha por sus demandas y exigir sus derechos, en condiciones diferentes, con menos riesgo a su integridad y vida. “En el exilio —dicen— aprendimos a reconstruir desde las ruinas: la confianza, los vínculos, la fuerza para seguir”.

“Llegué a Costa Rica y ese mismo día había una reunión”, por lo tanto, la reinserción al trabajo que hacía en Nicaragua “fue de inmediato”, contó otras de las activistas, que hoy forma parte de una importante organización de investigación e incidencia en ese país. Otra entrevistada aseguró que a su organización “le ha tocado ya no solo organizar a la gente en los territorios” sino “ahora también en el exilio, para mantener vigente la causa” de Nicaragua. De tal

manera que el exilio no detuvo el activismo de esta generación, lo transformó, en varios sentidos. En el exilio también cambiaron las agendas. Para unas el eje de su trabajo pasó a mujeres migrantes y refugiadas; para otras pasó a memoria, diálogo e incidencia política, al fortalecimiento y la reorganización institucional, al acompañamiento en el proceso de las identidades, a la denuncia de la xenofobia.

Ubicadas en diferentes países, su activismo ha traspasado fronteras. El exilio les dio un espacio seguro para continuar sus acciones que ya no se limitan a Nicaragua, sino que consolidan espacios internacionales y se vinculan por redes interconectadas. “Teníamos que hacer todo digitalizado, unas en Costa Rica, otras en México, otras en Europa”, dijo una de las muchachas. Estas presencias multinacionales les permitieron, dicen, llevar sus denuncias y buscar soluciones a la crisis de Nicaragua en nuevos espacios de incidencia y de apoyo internacional.

El cuidado y autocuidado como estrategias

Otra marca clara de esta generación es la de nombrar sin miedo el dolor, el trauma, la ansiedad, el duelo y la necesidad de sanarlos. La práctica de cuidarse unas a las otras y cuidarse a sí mismas, darle valor a la salud emocional y física no lo consideran ni un capricho, ni asunto privado, ni menos una debilidad. Es una de acción intencional que se aborda con mirada crítica y estratégica.

“Hemos normalizado el decir: ‘no me siento bien’, ‘estoy pasando un duelo’ y las distintas cosas que aprendimos a nombrar”, dijo una participante. Como ella, la mayoría expresó con convicción y argumentos la necesidad de sostenerse emocionalmente, crear espacios seguros y acompañarse mutuamente con acciones de cuidado y auto-cuidado “centrado en la persona”. Este “cuidarse” es visto por ellas como una estrategia integral que les permite la sostenibilidad del activismo en el largo plazo y una práctica personal y colectiva necesaria. De ninguna manera consideraron “el estar mal” y el “ser frágil o llorar”, como una “debilidad” sino como la única manera de darle continuidad a su trabajo. “Comenzamos poniendo la sanación como una apuesta política, por un tema de sobrevivencia”, aseguró una de ellas.

Algunas han incorporado prácticas laborales para considerar el duelo, los ciclos menstruales, la depresión, la ruptura afectiva y otros factores emocionales que requieren tiempo y espacio de sanación. Reconocerlos y tratarlos son parte de sus estrategias de estabilidad laboral y de permanencia en esos espacios.

Esta es la generación del cuidado y el auto-cuidado como práctica política cotidiana, como estrategia de sostenibilidad y también como respuesta crítica a los costos del “activismo del sufrimiento”.

Las “Muchachas del 18” rechazan la idea y la práctica de un activismo dispuesto “a sacrificar la vida por la causa”, que “exige sufrir y aguantarlo todo”. Muchas de las entrevistadas aseguraron —de manera categórica y rotunda— que su generación

no acepta medir el compromiso social y político “con la vara del sufrimiento”.

Visto en conjunto, es un desplazamiento generacional claro que se desmarca del heroísmo y la idea del martirio como virtud y el sacrificio sin límites que implique el desgaste extremo como prueba de autenticidad política. Ése que creció al amparo de las militancias revolucionarias y los movimientos sociales y políticos del siglo pasado en América Latina, en esta generación se desplaza hacia una mirada enfocada en el “cuidado integral de la persona”, como eje central de los derechos.

De esa manera, actos como perder la vida, ir a la cárcel, trabajar sin percibir ingresos, callar el dolor o aguantar las pérdidas, son consecuencias que las “Muchachas del 18” no están dispuestas a asumir y lo dicen con todas sus letras: “No estamos dispuestas a ir a la cárcel por ésto, ni a perder la vida para dar prueba” de la veracidad y validez de su lucha.

No renuncian al compromiso social, pero tampoco dejan el pecho ni están dispuestas a destruirse e inmolarse por sus reivindicaciones. Su lucha en defensa de los derechos “empieza por casa”, dicen, y en el ejercicio de esos derechos lo ejercen primero en ellas mismas, porque solo así estarán en condiciones de luchar para que estos derechos lleguen al resto de la sociedad porque “uno no puede hacer activismo con hambre”.

Comunicación y redes

La comunicación social es más que una herramienta para esta generación de

mujeres jóvenes, es un factor clave en el ejercicio de su activismo. Comparten la comunicación como una de las actividades más practicadas, valoradas y constantes en sus acciones. Desde el periodismo digital, las campañas, la presencia en redes sociales, la difusión de investigaciones y diagnósticos, la memoria audiovisual, los manuales, blogs, plataformas y la propia formación en comunicación. Una comunicación que tiende a fortalecerse con una digitalización que fue primero respuesta estratégica a la represión, pero sigue consolidándose para comunicar sus actividades. Como mencionamos, esta generación mantiene un balance entre ciberactivismo y trabajo territorial, pero en sus relatos hablan del incremento en las denuncias digitales y el tiempo invertido en crear productos comunicacionales y capacitarse en seguridad digital. La comunicación y sus herramientas son más que una estrategia, son una parte integral de toda la labor de resistencia que realizan estas mujeres desde sus espacios.

“Nosotros lo usamos como estrategia y herramienta de denuncia para visibilizar a nivel internacional lo que está pasando con Nicaragua”, aseguró una de las jóvenes, cuya organización tiene una presencia virtual de las más beligerantes.

Consideran que “la comunicación social, la presencia digital, los mensajes y narrativas digitales, el lenguaje coloquial” les ayuda a mantener vínculos con otras mujeres, a ampliar la cobertura de sus actividades, a fortalecer el contacto con otras organizaciones, a convocar y difundir actividades, a mantener una presencia pública estable y activa, a seguir conectadas

con redes territoriales en Nicaragua, a estar en contacto con otros grupos de exiliados y a participar en eventos internacionales relevantes para su activismo.

Horizontalidad vs verticalismo

La crítica al adultocentrismo es recurrente, al liderazgo “endiosado”, a las estructuras verticales y a las formas jerárquicas tradicionales. “No ha funcionado el adulto-centrismo, donde siempre hay una figura endiosada”, comentó una de las participantes.

Así pues, las “Muchachas del 18” apuestan por procesos en los que prevalecen el diálogo, la interacción y la participación. “Creemos en nuevas formas de hacer política desde la horizontalidad” y “desde el respeto y la inclusión de todos, todas y todes”, dicen mientras confiesan que —en su búsqueda de un modelo horizontal que sustituya “prácticas de poder autoritario”— reconocen los desafíos que le ha causado implementar modelos horizontales y que “no siempre se logra” sostener en la práctica.

Son pues una generación que privilegia su vocación por la horizontalidad, por la colectividad, por la toma de decisiones compartida, por escucharse, por reconocer los desafíos de estar ante un modelo no perfeccionado, sino en progreso, lo que no previene el que insistan en implementarlo. “Desde ese momento empezamos a estructurar nuestra forma de trabajo: colectiva, horizontal y participativa.”, aseguró la integrante de una colectiva feminista, creada en el exilio.

Es interesante destacar que atrás de su apuesta por la horizontalidad, también hablaron de una **ética anti-autoritaria y anti-caudillista**. Varias de ellas revelaron su desconfianza a los liderazgos verticales, al personalismo, a “la idolatría” a figuras y las violencias de poder derivadas de esas prácticas. Aseguraron que salieron de espacios políticos en rechazo a formas de organización verticales que limitaban o condicionaban su participación. Así pues, en conjunto, uno de los desplazamientos de esta generación de chavalas que se encaminan a la adultez, es dar pasos hacia la horizontalidad organizacional. No porque creen haber resuelto por completo cómo implementarla, sino como ideal y ruptura consciente con prácticas jerárquicas de las que se han apartado.

Feminismos y participación

En los relatos, el feminismo aparece como un valor central, mayoritario, pero no como una identidad homogénea ni como una sola tradición política. La mayoría de las participantes se asume feminista, algunas desde hace varios años, otras más recientes y algunas hasta en el exilio, mediante procesos de formación, de reflexión y de acompañamiento. Describen un recorrido



que va de la práctica a la conciencia: primero defendieron derechos, cuestionaron injusticias o acompañaron a otras mujeres afectadas por violencia o abuso y solo después encontraron en el feminismo un nombre, un marco o una comunidad para entender mejor lo que ya hacían. Una de ellas lo resume diciendo que ya ejercía la política creyendo en la importancia de la participación de las mujeres sin tener todavía “el sombrero feminista”.

Una participante de identidad transgénero cuestionó la idea genérica de “la mujer” porque esa categoría no siempre abarca la experiencia de las disidencias sexuales y por eso en algunos espacios “el feminismo también nos ha dejado afuera”, aseguró. No descalifica al feminismo como horizonte emancipador, sino prácticas y liderazgos en espacios del movimiento feminista donde no siempre se sintió representada al hacer contacto inicial con estos espacios. Admitió que luego tuvo a “otras compañeras” en los que sí había “un espacio seguro para las mujeres trans” que buscan abrir camino al transfeminismo.

También fue interesante la opinión de una participante indígena que si bien cree que “el feminismo” no excluye a las indígenas, sí reclamó un feminismo menos centrado en experiencias “blanqueadas”, urbanas y cisgénero. Apeló a miradas más atentas a la territorialidad, al entendimiento de la racialidad y a la colonialidad, así como “a sostener un feminismo con una percepción indígena, desde la memoria, desde lo descolonial” que, según ella, a veces “incomoda a las propias mujeres”. Aseguró que su labor aporta “al país al sostener un feminismo con una percepción indígena, desde la memoria, desde lo descolonial” y dijo que su vínculo con el feminismo no fue inmediato ni lineal: “no me podía nombrar

feminista” en el territorio porque —según explicó— no siempre se percibe de manera positiva en las comunidades ni se entiende. “Hasta que salí al exilio pude nombrarme (feminista)”, confesó.

La mayoría resaltó la importancia de la diversidad y la pluralidad en su vocación feminista mientras otras reclaman posturas atentas a las exclusiones que pueden producirse dentro de espacios emancipadores de las mujeres.

Mientras unas se sitúan claramente dentro de colectivas y marcos feministas; otras defienden más la independencia, el arte y la intervención situada sin quedar “atrapadas en etiquetas” o en una estructura fija. Una de ellas aseguró que en su generación hay “múltiples feminismos” con diferencias que no considera irreconciliables, sino “que se complementan”.

Esta generación mira pues hacia un feminismo más amplio, más permeable, más capaz de aceptar una creciente diversidad en cuerpos, territorios, etnias, identidades, sexualidades y experiencias históricas, de manera que prevalezcan temas relevantes a todas las mujeres sin hacer diferencias.

Interseccionalidad y diversidad

El tema de la interseccionalidad atraviesa de manera amplia la forma de entender el activismo en esta generación. Al comparar sus relatos, es posible reconocer que la mayoría considera importante realizar su trabajo desde un enfoque de interseccionalidad para evidenciar las diferencias.

Si bien todas tienen líneas de acción distintas: unas trabajan con las mujeres migrantes y refugiadas; otras en formación

de juventudes; otras en comunicación indígena y defensa de mujeres en las comunidades; otras dan apoyo a personas transgénero y otras trabajan investigación, diálogo, cultura y justicia, todas se reconocen como “mujeres diversas” defensoras de derechos desde la interseccionalidad para abordar y entender cómo se cruzan los distintos factores de migración, género, etnia, identidad, territorio, sexualidad, exclusión y ciudadanía.

Al preguntarles por su legado generacional algunas creen que su acción política y social busca más que transformar estructuras, también aspira a defender la diversidad de cuerpos, identidades, territorios y otras formas de vida negadas o excluidas. En los relatos aparece también la idea de que una transición democrática no será legítima sin la participación plena y diversa de las mujeres migrantes, indígenas, personas trans, juventudes y demás sectores.

En la organización “promovemos los feminismos, la dignidad, la solidaridad, la empatía y la interseccionalidad” como valores importantes, enumeró una de las entrevistadas en su relato. Y es que así ven, desde la interseccionalidad y la diversidad, las “Muchachas del 18” una transición política y la reconstrucción de Nicaragua.

Activismo para existir: la disputa por las identidades

No todas, pero es necesario destacar que en el activismo trans e indígena, se busca defender y promover derechos más allá de la justicia social. Estas muchachas actúan desde una necesidad más profunda, un objetivo que parte de la identidad, pero la trasciende. Es un activismo que se

emprende para **afirmar la propia existencia frente a la invisibilización de su identidad**, frente a la exclusión, a la negación, la violencia y el despojo de todo lo que le da base a su existencia. En ellas el activismo tiene varias formas de defensa: la del cuerpo, la sexualidad, el lenguaje, el territorio, la cultura, las tradiciones y hasta “la comida”. Todo aquello que hace posible y le da sentido a vivir y a existir con dignidad. “Mi mayor duelo”, dijo una de las activistas, es “pensar cuando un día vuelva a mi territorio ya no va a ser el mismo” y tenga que adaptarse a vivir sin sus paisajes, “sin la comida de mi cultura”. Otra aseguró que —para ella— defender derechos “es defender mi derecho a existir.”

La migración como experiencia vital

Para una parte de las jóvenes, el activismo ya no se puede pensar sin la experiencia migratoria, sin el exilio, sin las migrantes como centro de su atención. La mujer exiliada, dejó de ser una figura lateral y se convirtió en parte central del trabajo, cambió sus agendas y además sus focos de atención originales; ahora trabajan para apoyar la regularización documental, la vivienda, la denuncia a la xenofobia, el procesamiento del duelo migratorio, la creación de pertenencia y dignidad para las personas que llegan y se asientan en los países de acogida. Es una apuesta “al reconocimiento de las personas migrantes como integrantes valiosos de sus comunidades de acogida, donde se nos reconozca como actoras y actores políticos en la comunidad”, por eso, para varias de estas muchachas la migración ya es más que un tema adicional en su agenda, es el motivo central de su trabajo o, en sus palabras, es “el eje fundamental de nuestra

comunicación, es la vida de las mujeres migrantes, ser plataforma de estas voces, ampliarlas, dignificarlas y hacerlas sentir vistas y parte de un tejido social en Costa Rica”.

La centralidad de la memoria

Esta cohorte da valor especial a la memoria, tanto como estrategia de resistencia y lucha, como aprendizaje y como lección para el futuro. Es una generación que se ocupa en documentar, narrar, escribir, fotografiar y contar sus historias. Esta es una característica que aparece repetidas veces, en los relatos, como uno de sus aportes generacionales. Más que una evocación del pasado, la memoria aparece como práctica presente y viva cuando describen su trabajo como un intento de “tejer la memoria de las mujeres migrantes”.

El rescate de la memoria adquiere un alto valor político para no dejar que la historia oficial, la historia contada desde el poder, gane y se imponga sobre los relatos de lo sucedido. Un registro que recogen en todas las formas a su alcance: la investigación, la poesía, el periodismo, el diagnóstico, la música, y las artes, entre otras formas. Es la suya una mirada que no se queda para después y pone especial atención en trabajar la memoria desde el hoy, en Nicaragua y en el exilio. “Ahora se hace memoria desde adentro, en audios, fotografía, videos, registro... y documentar... están guardadas para el futuro.” y “no nos van a borrar tan fácilmente de la historia... porque la estamos escribiendo”.

Entienden y tienen claro su aporte en la construcción de esta memoria que para ellas es base de verdad, justicia, reparación,

democracia y de una Nicaragua no repetitiva de sus errores. En palabras de otra activista, se trata de: “una memoria que busca ser heredada desde la verdad y la justicia”.

La formación como resistencia

Estudiar, capacitarse, producir conocimiento, formar a otras, investigar y profesionalizarse aparecen como formas directas de lucha y resistencia. Pasar de la calle a la formación, a prepararse en derechos humanos, comunicación, género, ciberseguridad, libertad académica y otras capacidades, no es “salirse” del activismo, sino fortalecerlo. Hay una convicción generacional de que reconstruir el país requiere de formación profesional, política, técnica y emocional acumuladas y avanzadas. Así, en esta generación, profesionalizarse, investigar, especializarse y capacitarse significa cambiar de estrategias y herramientas para un activismo más completo, eficaz y capaz de aportar.

“Para mí, el estudio es otra estrategia de resistencia” expresó una de las jóvenes que coordina programas de becas en Europa, promueve la libertad académica y el derecho a la educación, especialmente de los estudiantes forzados a abandonar las aulas en 2018.

En las palabras de otra joven: “Entonces, mudé de un activismo de calle en 2018 a un activismo digital y después a un trabajo más organizacional desde donde promuevo un activismo a través de procesos de formación e investigación (...) para nosotros es clave porque en un contexto donde hay total desinformación estas investigaciones se vuelven un instrumento para actores clave”.

Artivismo: conectar el corazón a la acción

La poesía, la música, el “performance”, la pintura, la danza y todas las actividades creativas y recreativas, que incluyen el humor, cualquier foro y forma de expresión del arte se reafirman en esta generación bajo el concepto del activismo desde las artes. Como bien lo resumió una joven, se trata de “seguir haciendo arte desde el *artivismo* como manera de protesta.”

Si bien el arte fue instrumento para expresar las reivindicaciones de muchas generaciones humanas, aquí, en esta generación, además de funcionar como herramienta de denuncia, también es parte de la sanación, la memoria, la comunidad y el conocimiento. En palabras de otra *artista* se trata de “conservar la alegría y la ternura. Trabajar en mi sanación y abrirme a aprender cosas nuevas. Buscar la comunidad (...) hacer conciertos que convoquen a los reencuentros y la comunidad”.

Esta generación valida el arte y lo enarbola de una manera más integral y clara a su activismo. Una búsqueda o necesidad de integrar “el pasarla bien” y el expresarse en las artes de forma más directa. Ensanchan sus repertorios *artistas* como una estrategia intencionada para salir de las formas tradicionales organizativas e institucionalidades de participación. Así pues, estas “Muchachas del 18” ven en el arte una forma de diversificar las formas de hacer política; otra forma de la memoria, de acompañamiento emocional y sanación, de consolidar sus redes, de incorporar su acción social y política en su vida cotidiana. Dicho de mejor manera por ellas mismas: “Promovemos el arte en nuestros espacios como un recurso que ayuda a conectar el corazón a lo que

hacemos” porque para ellas “hay una transmutación de la palabra hacia el arte. Hacer performance, hacer cosas creativas, el baile, el arte, la cultura, las canciones, son muy importantes”.

La capacidad crítica

Esta generación de “Muchachas del 18” no idealizan los espacios en los que participaron entre 2018 y 2025, o en los que aún participan. Más bien identifican violencias internas, cuestionan las dinámicas de poder, denuncian formas estructurales que llevan al abuso, el machismo, el personalismo y las exclusiones. Mostraron una gran capacidad crítica al cuestionar no solo los abusos del poder estatal, sino también en los propios movimientos de los que forman parte. “Empezamos a entender cómo formas de violencia que criticamos en el gobierno se reproducían también en nuestro propios espacios”, comentó una de ellas. En sus relatos de los espacios desmitificados, identificaron y nombraron prácticas problemáticas, relaciones de poder desiguales y dinámicas que son sancionadas en el discurso, pero se repiten en la práctica. “Me encontré con muchos liderazgos nocivos que adentro de estos ‘espacios seguros’ abusaban de su poder”, contó una de las jóvenes.

Esa mirada crítica sobre sus propios espacios es uno de los factores que atizó su búsqueda de alternativas propias y la construcción de espacios propios. Aunque, otras temen que esto generó fragmentación y conflictos internos difíciles, ninguna pareció dispuesta a aceptar seguir formando parte de espacios con prácticas excluyentes, ni siquiera en las ideológicamente afines. Desde esa postura crítica buscan espacios alternativos, más coherentes con sus principios y valores.

Esta es una generación de mujeres “subversivas”, “malcriadas” e irreverentes, como ellas mismas se han llamado e incluso usaron esas palabras en los nombres de las colectivas y agrupaciones que han creado. Esa actitud crítica y autocrítica no es en ellas una ruptura con el activismo criticado, más bien es un distanciamiento ético desde los valores propios.

Al no idealizar a las organizaciones políticas y los espacios afines a sus principios, tienen la capacidad de detectar, nombrar y denunciar los abusos. Una de las entrevistadas contó que su colectiva feminista se formó luego de identificar que las violencias que criticaban al gobierno también ocurrían en espacios estudiantiles y en organizaciones opositoras en las que participaban. Otras hablaron de experimentar violencias, lidiar con egos y personalismo, con liderazgos masculinos que se incomodan o son poco tolerantes cuando ellas cuestionaban violencia de género. “Las formas de violencia que criticamos en el gobierno se reproducían también en sus espacios y los denunciaron porque es importante poder nombrar lo bueno y lo malo”.

La democracia inclusiva como el horizonte de futuro

Una parte de la indagación se enfocó en la Nicaragua que imaginan en el futuro y varias coincidieron en que su lucha, sus estrategias y su labor actual no se reduce a cambiar el régimen autoritario de Daniel Ortega porque “no es solo que no haya un dictador” ni “instituciones pervertidas y desarticuladas”. Tienen una mirada de transformación estructural sobre la



Nicaragua del futuro. En sus valoraciones mencionan una sociedad en la cual las mujeres participan en todos los espacios, como les corresponde, porque “somos la mitad de la población”. Participan en los espacios de decisión, se reconocen sus diferencias, hay derechos inclusivos para los pueblos indígenas, participación plena de las juventudes, de las personas con capacidades distintas y de personas con identidades y sexualidades diversas. Dicho con sus palabras “la democracia no es únicamente un sistema político; es también una cultura de derechos y participación”.

El país que imaginan estas “Muchachas del 18” es uno en el que se pueda “reconstruir tejido social” con una mirada crítica que vaya más allá del autoritarismo y cambie patrones actuales que puedan repetirse en gobiernos futuros, una vez asuman el gobierno otras fuerzas políticas. “No es solo que no haya un dictador, sino que todos los sectores, quienes fuimos o somos oprimidas también podamos tener voces y derechos. Una democracia integral”, dijo una de ellas.

Una chavalada que aporta para una Nicaragua mejor

De los hallazgos se deduce con bastante claridad que las muchachas que han participado en las acciones colectivas entre el 2018 y 2025 sí están transformando el activismo nicaragüense al imprimirle características propias que implican cambios en las estrategias, prácticas o acciones. A la vez, estos cambios descansan en miradas distintas del proceso nicaragüense y su papel en el mismo. Sus experiencias muestran claves para comprender cómo se están reconfigurando las acciones sociales en el contexto de la crisis, cómo esas nuevas generaciones redefinen los límites, las prácticas y las formas de participación en los espacios políticos y las organizaciones sociales.

Este cambio llega de la mano de una generación de jóvenes mujeres resilientes, pragmáticas, que saben reinventarse y reorganizarse; pasar de la lucha en las calles de sus ciudades y pueblos a la esfera global, donde se reagrupan colectivamente y se conectan mediante redes digitales. Pasan de una resistencia de pancartas al dominio de los algoritmos y la comunicación digital para llevar sus mensajes a sus antiguos y nuevos espacios. Son mujeres flexibles y sensibles que se cuidan y dan un salto que veta y deja atrás el viejo enfoque de “morir por la causa”.

Esta generación tuvo motivos para desaparecer cuando arreció la represión, pero no lo hizo; asumieron el compromiso firme de la resistencia desde nuevos espacios y geografías, se transformaron y reorganizaron en un contexto marcado por la represión estatal y el exilio. Es una generación que mantiene una mirada crítica sobre las organizaciones sociales y políticas en las que participa, asumiendo la

continuidad de una resistencia que hacen suya porque se sienten responsables de cumplir con la tarea que empezaron en 2018 y no quieren heredar la Nicaragua de hoy a las generaciones siguientes y —confiesan— que siguen activas para evitarle a sus hermanas y hermanos más pequeños una crisis social y política como la que ellas vivieron en 2018.

Es el perfil de un grupo de mujeres jóvenes pragmáticas, flexibles, con valores centrados en la persona, en el cuidado y auto-cuidado, en un feminismo más permeable, que quiere formarse, dialogar y pensar colectivamente para contribuir y para participar en la transición hacia una Nicaragua que va más lejos de solo sacar a dictadura. Una Nicaragua respetuosa de los derechos para todos, los derechos de las mujeres, los jóvenes y las personas de identidades diversas y capacidades diferentes.

Una generación que se esfuerza, desde el exilio, por configurar nuevas formas de organización y acción colectiva, que marca distancia del verticalismo y los liderazgos autoritarios, que busca practicar y vivir una resistencia que no se base en los sufrimientos del martirologio, capaz de cuidarse, sanar y sostenerse en el largo plazo. Que sostiene una resistencia en la que combinan y aprecian la diversidad de sus experiencias y se adaptan con nuevas estrategias a los contextos.

Mujeres capaces de identificar desigualdades y exclusiones tanto en la sociedad como en los movimientos sociales en los que participan, que no temen cuestionarlos cuando no se sienten cómodas en ellos; que crean espacios propios autónomos, con valores e ideales.

Son mujeres que en el feminismo identifican y entienden las dinámicas excluyentes del poder; que nombran tensiones internas relacionadas a la inclusión, la representación y las formas de organización, y no por ello dejan de reconocerlo como un referente para el diálogo, la complementariedad, la acción para una mayor inclusión y una aceptación más amplia de diversidad e identidades. En ese sentido, la perspectiva interseccional adquiere una significación relevante desde las experiencias indígenas y *trans* cuyas voces evidencian que la inclusión no es automática, que siempre hay espacio para ampliar sus límites y la participación en el ejercicio de los derechos.

Son una generación con valores y prácticas de resistencia que no se traducen en debilidad ni se rinden a la violencia política ni a las dinámicas de exclusión, porque claramente no están dispuestas “a seguir reproduciendo costumbres de idolatría a los caudillos, ni el silencio de los atropellos”. Son resilientes, se rehacen, se sanan, construyen formas diferentes y siguen en el activismo, en la política, en sus luchas y sus resistencias.

Finalmente, estos relatos muestran a una generación consciente de la importancia de participar en la transición, en el diseño y la construcción de la democracia, porque

“no se puede construir una Nicaragua que apueste a la justicia social si no se apuesta a una justicia para las mujeres.” Un proceso que reconocen complejo y no perciben como posible en el corto plazo, sino en el mediano y el largo plazo. Un proceso que, saben, requerirá cambios institucionales, estructurales, culturales y sociales profundos para construir la Nicaragua inclusiva que imaginan estas “Muchachas del 18”: Una Nicaragua diversa, con memoria para la justicia, la reparación y la no repetición, donde el conjunto de la sociedad nicaragüense tenga la oportunidad de participar e impulsar un verdadero proceso de transición democrática.

En conclusión, la generación de chavalas nicaragüenses que desarrollaron su activismo desde el 2018 al 2025, la generación de las “Muchachas del 18”, está redefiniendo las formas de participación social y política de las mujeres nicaragüenses. Sus aportes ayudan a entender las dinámicas contemporáneas de resistencia política y hay que prestar atención porque son aportes que contribuyen a una mejor Nicaragua del futuro.

*“Creo que ése es el legado más importante de nosotras: demostrar que sí existen otras formas de organizarnos y de hacer las cosas”.
(Joven participante).*



 @CetcamCA  @CentrodeInvestigacionCetcam